



Leer a Enrique Molina y Edgar Bayley, ambos ya falsamente fallecidos —no es así: están “encantados”, como reveló su par Francisco Madariaga— implica acceder a un inventario de para-realidades preñadas de vitalidad; a dos voces tan personales como inimitables en las que campea el don natal de la gracia junto a la decisión de explorar, hasta sus límites, la fulgurante tensión entre la llamada “realidad” (sea ésta lo que fuere) y la avidez del deseo. Pero sobre todo: aproximarse a ambos implica comprender por qué se allegaron tanto poética y humanamente entre sí, desde posiciones estéticas en apariencia polares.

En Bayley bulle y bullirá una constante: la celebración del amor a la vida como un motor esencial, aunque ceñido, austero, múltiple y gozoso, y circunscrito a la vez. Una fuerza fundadora que se valida al nombrar —resignificándolos— seres y objetos merecedores del más jocundo invenionismo, muchas veces en inédita yuxtaposición (“Nada más que una piedra / nada menos // Una mesa / un paraguas una / pequeña ardilla muy pequeña / y un sombrero...” //). O bien, el tono pseudo-coloquial, distorsionado hacia otra lógica y hacia la sutil ruptura de los nexos habituales: “Con desatino y mucha persistencia, / sigo esperando no sé qué / ni a quién / en esta esquina; / quizás lo sé, / mas no espero en verdad / y acerbamente, / Estoy fingiendo / y me quedo / por quedarme / Mi sola / solución / es la partida.”

En Molina hay una idéntica, y más panefesta, identificación vital —se autodefinió como “el hombre que adora a una naranja”—. Frohija la asunción de todas las volcánicas pasiones terrestres, el vértigo de Dionisoa como raíz ontológica primordial. Si Bayley es capaz de revelar la trascendencia de una simple jarra de vidrio verde rota cuyos pedazos yacen ignorados en el jardín, Molina convoca también la trascendencia y el desafío tantilico del mar —que, por años, supo atravesar como marinero raso en barcos mercantes—, de bares y trópicos calcinados por el sol, de la mujer universal que es deidad pagana, fuente del Todo y a veces sánctua sin rostro, oscura e inmóvil: “Oh bellos dientes de los demonios que amo! Un sol de mujer / que se evade hasta la raíz de su sangre / rozando con su cuerpo todas las hojas del verano / todas las plumas / de la locura todos los gallos decapitados bajo el filo de / su presencia...”

Para el fáustico Molina (1910-1996) el mundo puede ser no sólo tantilico sino también “talismánico”, ya que de cualquiera de sus fragmentos puede emanar el poder germinativo; por su parte, el vozarrón de Bayley (1919-1980) nos dice que toda experiencia poética pivota entre dos polos o estados de conciencia que se nutren mutuamente: el *alerta* y la *inocencia*. La palabra del poeta surgiría de la magnética y dialéctica interacción entre ambos estados, a través de la mayor apertura posible hacia las incitaciones del mundo; adoptando, a la vez, una sabia distancia a fin de elaborar con el mayor rigor esa experiencia poética intransferible.

Dos grandes poetas argentinos [artículo] Jorge Ariel Madrazo.

AUTORÍA

Madrazo, Jorge Ariel, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dos grandes poetas argentinos [artículo] Jorge Ariel Madrazo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile